

ADVERTENCIAS.

4.^a El retraso que han experimentado los números de este mes de febrero, no ha dependido de la redacción, y sí solo de la imprenta, que ocupada por un corto tiempo con trabajos muy urgentes, la ha sido imposible satisfacer la regularidad que se desea.

Nosotros hemos preferido transigir con este ligero trastorno, á privar á nuestros suscritores de la hermosa impresion que tiene la Elegancia.

2.^a La biografía de Verdi, la daremos tan luego como nos hayamos cerciorado de haber reunido *todo* lo que ha de formarla.

MODAS.

(Figurines de febrero.)

DE SEÑORA. El figurin de este mes, número 139, que examinarán nuestras amables lectoras, ya aplaudiendo, ya motejando las caprichosas ideas que han creado los dos trages que presenta, aunque ha de advertirse, y nosotros lo sabemos positivamente, que en sus censuras ha de haber mucha indulgencia, y una estremada delicadeza y tacto; el figurin, decimos, contiene dos figuras, con los bellísimos rostros que solo en París saben *pintar*, ambas en traje de sociedad, la de derecha sin el abrigo, que indica estar dejando, y la de izquierda con él, si ese nombre puede darse, á una manteleta redonda que solo descende hasta una cuarta mas abajo de la cintura, de riquísimo raso carmesí, bordada al rededor del mismo color, y guarnecida toda de un encaje blanco de mas de una terea, reducido á menos de la mitad solamente sobre los brazos para dejar la mano libre en sus movimientos.

El vestido que manifiesta ser de damasco blanco, se puede usar tambien de moaré, si bien esta tela no lleva el distintivo de la antigüedad como la otra. Nada dicen de París, en cuanto al corte de este vestido, por lo que razonablemente, juzgamos, que no hay variacion notable en las hechuras

que todas nuestras hermosas conocen y usan en este invierno.

No estrañen ver sobre el pecho de esta dama, un gran ramillete de rosas, geranios, y malva, que ha de ser natural, puesto que nada se hermana tanto á la belleza como las flores y los tallos, nada simpatiza mas con el corazon de una jóven, con mayor razon si ha podido arrancarlas con su mano de un ameno vergel, y si cada hoja, cada color, son un emblema que solo descifrára algun doncel tierno y amante como ninguno.

Esta predileccion por las flores y las plantas olorosas, ha decidido sin duda á ceñir la cabeza con un sombrerillo algo inclinado al lado izquierdo, rodeado de una guirnalda de rosas, aunque artificiales, que no dudamos dispondrian nuestras floristas con la misma gracia que se ve en el diseño. Para este adorno, el peinado rigoroso es bucles gruesos alrededor de toda la cabeza.

La figura de la derecha lleva un traje formado de cinco bandas, ó mejor, una media falda continuada con cuatro alforzas en las que alternan el tul rosa y verde: el viso ó bajo-vestido es de tafetan ó gro verde. Ademas del capricho de mezclar los colores, hay otro de novedad que consiste en colocar como suspendidas de la cintura á cada lado, dos guirnaldas, que llegan hasta la segunda alforza, frunciendo la falda debajo; así entre las dos guirnaldas queda un follado muy hueco, pues su distancia mayor no pasa de una terea. El cuerpo del vestido, de la forma llamada corpiño es de tafetan verde, sobre este, tul tambien verde, y sobre este, color de rosa: terminan el cuerpo tres bertas sobrepuestas de estos mismos colores, recogidas sobre los hombros con un frunce y en el pecho con otro que oculta un ramo de flores naturales. El tocado en fin consiste en llevar el pelo todo recogido detras pero cubriendo la oreja, á la italiana, formando un lazo sin trenzarle, sobreponiendo despues una corona de iguales flores á las del vestido que no ha de pasar de la mitad de la parte superior de la cabeza: este tocado, así como la corona sola, se llaman *nayades*.

DE CABALLERO. Basta mirar la figura de de-

recha en el gravado de febrero, para conocer que lleva el traje del mas riguroso invierno. El paletot es de los mas cómodos, sin faltarle gracia, pues no obstante su destino, revela ligeramente las formas del cuerpo. En cuanto al género ó tela, si puede variar en el tejido, ha de ser sin dejar, de ser consistente, imitando en lo posible al paño-pi-lot, si ya no es este, y ha de ser de todos modos género sin lustre alguno. El color puede tambien ser diverso del grabado: la moda hoy no excluye ninguno, si bien en los abrigos, se desechan completamente los claros. Los bordes de este paletot han de ribetearse con trencilla de un dedo ó mas, cosida de modo que casi toda quede de un lado, y no su mitad en el borde mismo, que es lo que se dice *sentada á plat* ó aplastada. Algunos en vez de esta trencilla han solido usar agremenes estrechos. Tres botones solamente y muy separados, cierran este paletot. Cuando el cuello se dobla ó vuelve, queda abierto de un modo muy elegante. La manga que concluye lisa, puede tambien volverse y descubrir la mano.

El pantalon de este elegante es de un tejido espeso y elástico, como el del merino. El fondo es de color medio, á grandes cuadros formados por líneas verticales y cruzadas: es pantalon sin trabillas, porque su comodidad le ha generalizado mucho en Paris. Debemos advertir que para que este pantalon tenga toda la perfeccion posible es indispensable que *el delantero*, tenga la misma anchura que la parte posterior á la altura de la corva.

La moda ha tenido siempre dos épocas marcadas para el descanso. Cuando ya se hallan todos provistos de suficiente ropa de verano en julio, agosto y setiembre, la moda duerme: cuando cada uno ha encontrado ya lo necesario para precaver el frio, y asistir á las fiestas del invierno en enero, febrero y marzo, no aceptan ningun cambio notable. En cada una de estas épocas que con razon se llaman muertas, presentan los figurines de Paris modelos para los trages de casa; así el elegante de la izquierda está vestido de bata cuyo color de avellana, puede variarse, aunque ya no se admi-

tan las mezclas de colores fuertes: el género de esta bata es *chal*, en su defecto merino. La hechura es elegante y airosa: la ancha solapa ó cuello corrido, que ha de cruzarse mucho, el tener la espalda fruncida en la cintura, y el estar toda guarnecida de una cinta de terciopelo del mismo color, la han hecho en Paris, muy aceptable.

En cuanto á tocador, los peinados de hombre no han variado: partido el pelo sobre un lado, queda sentado en la cabeza y rizado en el extremo: lo comun es darle bastante *huida* para que el rizo caiga sobre la oreja.

Por último, el niño que se ve en el grabado está vestido de la manera que mas le puede agradar á esta edad, es decir, que casi es un hombre. Su gaban suelto con capucha, forrado de raso ó seda color de cereza, su pantalon suelto, y su gorra con cucarda, cuyos colores siempre han de ser muertos, fuera del del forro del albornoz, le dan cierta importancia superior á sus 8 años.

LOS BAÑOS DE WIESBADEN

O EL 25 DE JUNIO.

(Conclusion.)

«Partí, pues, con mi primo Adalbert, de la Bohemia mi pais natal, y despues de visitar todos los castillos que encontré llegué á este. Entonces se hallaba habitado por el último vástago de una noble familia: el duque de L*** y su hija. Este noble anciano habia conocido á mi padre en otros tiempos, y me recibió con aquella efusion y cordialidad de que en el dia con dificultad se encontrará ejemplo. Mucho me gustó la amabilidad del duque; pero la que mas me encantó fué su hija, la duquesita Ana: á penas contaria diez y ocho años; su talle tenia aquella gracia y ligereza que Flaxman ha dado á su Francisca de Rimini; su cuello gracioso y flexible, sostenia la cabeza mas hermosa que he visto en mi vida. Era una de aquellas cabezas en que los artistas de la edad media han encontrado la espresion celestial y hechicera cuando han tenido que representar un ángel. ¡Cuántos



encantos se descubrian en la deleitosa sonrisa de Anita! ¡Cuánta dulzura y espresion en aquellos ojos azules!... ¡cuánta gracia y coquetería en los blondos cabellos que hondeaban sobre su frente pura y virginal!... Su conversacion era tan tierna como sencilla.... ¡Cuánta bondad encerraba su tímido corazon!... ¡cuánto amor me revelaban sus ojos cuando me contemplaba llena de cándido embelleso!.....

Aquí el conde cuya voz se habia alterado, guardó algunos instantes un silencio doloroso y profundo; despues como tratando de reprimir su emocion continuó con viveza:

La amaba!.. con un amor sin límites, y vos debéis conocer que aceptaria con gusto la oferta que el duque me hizo de permanecer algun tiempo en el castillo. Diariamente hacia varias escursiones en sus alrededores, recojiendo algunos cuentos que los paisanos me refirieran; ya la Ondina de Lusley, ya Estersels y Liebenstem me inspiraban, y por las noches durante la cena escuchaban todos con indulgencia los pequeños poemas que componia sobre nuestros cuentos populares, como Mackferson componia los suyos sobre las tradiciones Caltdonianas.

«Despues de haber pasado así cerca de un mes, ya tenia explorados todos los castillos circunvecinos; y..... era necesario partir..... Pero ¿cómo dejar á la encantadora Anita?..... ¿cómo abandonar al ángel divino que presidia en mis ensueños!... ¿dejaria que el tiempo y la distancia desvanecieran de mi mente mis doradas ilusiones!.. Oh! jamás!... Aquel amor ardiente reconcentrado en el fondo de mi corazon me consumiria y acabaria por cortar el hilo de mi existencia!..... Pero ¿á qué ofuscarse con tristes reflexiones, decia yo para mi.... ¿Acaso Anita no me ama?..... ¿no me ha jurado eterno amor?.... y por otra parte yo.... no soy dueño de mí!.. ¡qué puede oponerse á nuestra union!.... Estas reflexiones me calmaron: descubria un rayo de esperanza..... pues solo faltaba pedir su mano al anciano duque y este estaba seguro de que no me la negaria, como en efecto así sucedió..... oh! cuán feliz me consideraba entonces!..... Anita, la encantadora duquesita de L***

era ya mia!..... pues al siguiente dia debia tener lugar la celebracion de nuestro enlace....

«Acostéme aquella noche embriagado de ilusiones, trazando en mi mente mil proyectos, y anhelante de que amaneciera para saludar á mi futura.... ya hacia un rato que dormia cuando de repente me despierto sobresaltado; siento pasos sobre mi habitacion.... creo oir quejidos en la estancia de mi amada situada sobre la mia: me visto precipitadamente, subo la escalera, abro la puerta de la habitacion de Anita; el duque de L*** estaba anegada en llanto... la jóven ya no existia!!!...

El conde ocultó su cabeza entre sus manos llorando amargamente.

—Y ¿á qué enfermedad, pregunté, se atribuye esta.....

—Lo ignoro..... se apresuró á interrumpirme para evitar oir la fatal palabra de muerte!.....

Siguiose un rato de profundo silencio entre los dos, y despues el conde continuó con voz serena:—Poco tiempo despues de esta castátrofe el duque de L*** murió de pesadumbre y me legó este castillo, donde hace quince años que vivo con mi primo Adalbert, quien en medio de mi desgracia me ha dado pruebas de una verdadera amistad; y como jamás me casaré, porque cuando se ha amado como yo he amado, el corazon marchito con el pesar y los recuerdos no puede volver á sentir otra pasion ardiente y consagrada, mi primo heredará un dia todos mis bienes.

—Pero..... estos sitios deben alimentar continuamente vuestra melancolía; le dije.

—Jóven, amable amigo, me respondió el conde conmovido; bien se deja conocer que nunca habeis sufrido; de otra manera, hubierais comprendido que cuando no se puede gozar de otra felicidad que verter lágrimas; el llorar lo es: es la última que el cielo nos concede... Todo lo que aquí existe me recuerda á Ana: su habitacion se conserva en el mismo estado que se encontraba hace quince años; su harpa está todavia cerca de la chimenea, nadie ha tocado su pequeña biblioteca; los trages y adornos que debia llevar el dia de sus nupcias, permanecen aun intactos... solo la corona de rosas

y siempre vivas no existe allí.... en lugar de ceñir la frente sonrosada de una prometida, ciñe la frente lívida de un cadáver!!!.....

El conde lo habia dicho; lloré con él durante su triste narracion. Comprendi que bajo tales recuerdos su vida seria siempre amarga: los hombres cuyas sensaciones aunque vivas se manifiestan gradualmente, con ellos no hay mas que ganar tiempo y tratar de disminuir en lo posible, la violencia del choque. Hay otros que bajo una aparente calma se complacen en sus siniestros pensamientos, y hacen de una fantasma dorada el huésped perpetuo de su lugar: estos son incurables.

Después de la muestra de confianza que acababa de recibir, no podia pensar en separarme bruscamente del conde, porque esto hubiera sido demostrar que sus desgracias habian encontrado pocas simpatías en mi alma: la desgracia tiene susceptibilidades que se deben respetar. No esperaba pues que la prolongacion de mi residencia en el castillo me hiciese testigo de una escena que conservaré siempre en mi memoria, y que vino como la peripecia mas inesperada á interponerse en la apacible vida que hacíamos.

Algunos dias habian transcurrido desde la confianza que se me habia hecho. Una tarde me hallaba con mi huésped, y tratando de distraerle de su habitual melancolía, provoqué una conversacion chistosa, variada é instructiva á la vez, que el conde sostenia con gusto sin pedantería, pero con la calma y cordialidad de un hombre acostumbrado á ser escuchado con agrado. De repente se abrió la puerta de la habitacion donde estábamos, y entrando precipitadamente un lacayo:

—Señor conde dijo; Fritz está muy malo.

—No será nada, respondió el conde con una confianza que me admiró en un hombre tan bondadoso y benéfico como él; Fritz, continuó el conde dirigiéndose á mí, es antiguo criado del duque de L.*** La desgracia que nos acaeció ha hecho en él tal impresion, que desde aquella época padece de crisis nerviosas, que solo el magnetismo tiene el poder de calmar. Y.. habeis de saber, añadió sonriéndose, que yo magnetizo, y por este me-

dio he hecho algunas veces grandes servicios á la humanidad.

Por mucho tiempo he considerado el magnetismo como una bufonada audaz, y esta opinion lo confieso, la habia adoptado sin exámen, sea porque conservase las tradicciones de familia que habian entretenido mi niñez con el prestigioso charlatanismo de Mesmer, ó sea porque hubiese encontrado en mi vida ridiculos entusiastas del magnetismo; sin embargo, mi incredulidad empezó á cesar: recientemente he asistido á algunas sesiones donde el enfermo tocado de sonambulismo, respondia á cuestiones positivas con revelaciones sorprendentes, y la probidad del magnetizador, me convencieron de la posibilidad de una mistificacion. Fui pues sin ninguna idea de ironía y sí solo por el deseo de asistir á un mero experimento, después de suplicar al conde me permitiese acompañarlo, á lo cual consintió gustoso.

Encontramos al enfermo revolcándose en su cama, movia los brazos convulsivamente; hallábase en un estado de irritacion tal que el conde, aunque acostumbrado á esta clase de parasismos, parecia horrorizarse; el baron Adalbert estaba al lado de Fritz, quien se calmó desde que principiaron las operaciones magnéticas, y después le sobrevino un sueño profundo.

—Me ois? le dijo el conde esperando con ansiedad una respuesta.

—Sí; respondió con débil voz el enfermo.

—Dormis?

—Duermo.

Y el conde sorprendido de tal resultado, con aquella viva satisfaccion del hombre honrado que alivia un infortunio, y tambien, lo diremos, como un artista que acaba de obtener un resultado asombroso, exclamó:

—Hé aquí la primera vez que lo encuentro sonniloco! Vamos á saber de él mismo el origen de su enfermedad y acaso el modo de curarla:—¿Cuál es la causa de vuestro mal?... fué la interrogacion.

Entonces Adalbert, hasta aquel momento mudo actor de esta escena, se conmovio notablemente.

—Y de qué sirven esas preguntas?.... dijo ; de nada mas que para agravar el estado del enfermo: mejor seria dejarlo descansar.

Miré atentamente al interlocutor mientras pronunciaba estas palabras, y le noté pálido y como trastornado por una súbita conmoción.

—¿Cuál es la causa de vuestro mal?.... repitió el conde dando á sus palabras un tono de autoridad.

—Los remordimientos, contestó el magnetizado. Escuchamos en silencio como aguardando una catástrofe, y él continuó con calma como si obedeciera á una impulsión oculta:

—Sí; los remordimientos..... Yo fui quien ganado por el oro del baron Adalbert, envenenó á la señorita Ana!.....

Quedamos inmóviles y estupefactos ; al cabo de algunos momentos el conde volvió de su estupor con sed de una legítima venganza: quiso precipitarse sobre Adalbert, pero este habia ya desaparecido.....

Fácilmente puede imaginarse la turbación y asombro que se difundió por el castillo. Una hora despues de este terrible desenlace, tratando el conde de huir de una morada tan abominable, estrechome en sus brazos y subiendo en un coche, partió rápidamente sin direccion fija. No lloraba, habia conservado toda su razon; solamente se observaban en su semblante las señales de una desesperacion muda y estoica que en nada tiene la vida.

El desgraciado Fritz espío su crimen: aquella misma tarde espiró en medio de horribles convulsiones.

En cuanto al baron Adalbert, no fué posible dar con él á pesar del empeño y diligencias que se hicieron. Las opiniones no estaban conformes sobre los motivos que le indujeran á envenenar á Ana; pero el parecer mas recibido, era que cometió aquel atentado con el objeto de que la fortuna del conde, de quien nunca hubiera podido deshacerse sin infundir grandes sospechas, no le fuese arrebatada con el proyectado matrimonio.

J. P. OLIVER.

A LA CÉLEBRE POETISA

la Señorita doña Carolina Coronado.

FRAGMENTO.

Templa el laud!—Su colosal bravura
Calmen las hondas de la mar, inquietas!
Y, al resonar tu canto de tristura,
Arroja entre la turba de poetas
La lira que debiste á Estremadura.

Dile á ese mundo con soberbio empeño,
Fijando en Dios la esclarecida mente:
« ¡Al contemparte á mi ambicion pequeño,
Pobre escalon, me servirá tu frente! »

Derrumba el velo que el futuro esconde,
Dale un *atras* al que á tu encuentro salga,
Y al son de gloria, que á tu voz responde
Por el Olimpo inmenso,
Al que débil te crea,
Sin odio y sin coraje,
Donde tu sol reverberando avanza
Con varonil pujanza
Saldrás vengando tu servil ultraje.

¿Qué es el perfume de una flor? ¿La risa,
Las blandas risas de la tierna amada,
Si unas tras otras revolando aprisa
Lleva el viento en su furia arrebatada?
¿Qué es el canto de amor de la poetisa
O el pesar de su alma marchitada?
¡Nada ante el torbellino revoltoso
Que barre las montañas tormentoso!

Nada—¡Dormidos yacen los mortales!—
Deja ese canto de ternura lleno,
Y lanza entre los sueltos vendavales
Cancion de muerte, sepulcral y honda,
Que en ronco son la humanidad responda.

Tiende la vagarosa cabellera
Flotando al viento que en tu frente zumba,
Y el eco del torrente que retumba
Golpeando por la árida pradera!—
Imágen inspirada amenazante,
En osiánico triunfo te arrebatada,
Cual sombras que, entre nubes, vacilante,
Fuerte plañir en su afliccion recata.—

Besa tus pies y tu cantar sorprende
Turbulento el Guadiana,
Dó el pueblo que hoy sin compasion te ofende
Sordo ante tí se postrará mañana.

¡Siempre fué tardo en conquistar la gloria
El que á la gloria se encumbró gigante!—
Suspira y canta!— Tu inmortal memoria
Entre nosotros vagará pujante.

¿Qué importa un bando en mezquindad crecido,
Que á tu sombra rebrama y se alborota
Con pobre esfuerzo, preludiando guerra,
¡Oh! Si á tus plantas, su bandera rota,
Ni huella suya quedará en la tierra?

Si á luchar te provoca
La turba ruin, con desigual murmullo,
Sobre la turba, envilecida y loca,
Alzate *grande* rebosando orgullo..

Cual escollo en mitad del Oceano
Levántase arrogante,
De las hondas terrible soberano
Alto y valiente en actitud gigante;
Súbite tiende hasta el Criador tu vuelo,
Y, escáldalo del viento y la tormenta,
Fija en el sol, con insultante anhelo,
Cara á cara del sol, la vista atenta.

Aguila sé: sobre la voz del trueno
Súbete audaz hasta la inmensa cumbre;
Que nadando en el límpido sereno,
Volcanes mil te prestarán su lumbre.

Yo, que lanzado por mi atroz destino
Soñé de gloria inspiraciones tautas,
Hijo de tu país, si en mi camino
Brota un laurel, lo tenderé á tus plantas.

Donde la fama contempló á Corina,
Un nombre mas escribirán los siglos,
Y el viento irá zumbando ¡*Carolina!*

Si la ancha tierra á tu ansiedad es poca,
¿Qué importa de la turba el vil murmullo?
¡Ante esa turba degradada y loca,
Alzate *grande* rebosando orgullo!

LUIS RIVERA.

Déjate de dichas reales,
La dicha es una ilusion;
Ay! goces son ideales,
Pues se rompe el corazon
Al hacerlos materiales.

DOÑA VICENTA MIRANDA

EN SU COMPOSICION

A T H.

Fantasia (1).

Era uno de esos hermosos dias en que el alma
está dispuesta á recibir impresiones gratas, en
que el sol brilla y se ostenta en todo su esplendor,

(1) Esta composicion de una suscritora, nos ha sido recomendada para su insercion. Nosotros queremos ser amables.

en que el corazon ávido de gozar, se arroja á la sociedad en busca de emociones que hacen estremecer de placer; poseida del sentimiento de lo bello en toda su fuerza, en todo su vigor, habia logrado rechazar lejos de mí todos los seres que por su deformidad física y moral, que por su abyeccion repugnan y transportan la imaginacion del Paraíso al Infierno; los dolores y las miserias habian desaparecido, todo era á mis ojos grande, bello, sublime, armonioso, creia y esperaba: mi alma se habia rejuvenecido; ante mis ojos pasaban niños, ángeles, padres felices, esposos fieles, madres que comprenden sus deberes, jóvenes puras, tipo de belleza y de bondad; amigos reconocidos, fieles que cifran su dicha en ser útiles; amantes consecuentes, modelos de urbanidad y finura, y de originalidad rebosando en ideas apasionadas del siglo once, magníficos de sentimientos y de amor que llenan el corazon de nuestro sexo de orgullo, que inspiran una pasion eterna, una dicha embriagadora. A la vista de un cuadro tan encantador abria mi corazon á los sentimientos, acojia con avidez las probabilidades de felicidad; radiante de dicha bendecia al género humano, llena de emociones arrebatadoras, hasta rayar en frenesí; deslumbrada, dominada por estas seguridades que tenian su origen en mi credulidad de niña, y en mi corazon sincero, puro ideal; alzaba la frente donde radiaba la fé, la ventura que inspira el amor, la amistad, ese sentimiento que derrama un bálsamo consolador sobre las llagas de las miserias sociales, las mias estaban cicatrizadas con sola esta creencia, olvidaba mi pasado, me refugiaba en ese porvenir hermoso, tan embriagada, que me hizo exclamar: «quiero vivir, vivir para gozar, para bendecir, para delirar de felicidad; tengo amigos, cuanto he soñado lo veo, lo toco.» ¡Bello ideal de mi corazon! ¿porqué mi ilusion habia de abandonarme tan pronto? Mi encanto se fué deshaciendo, abrí mis ojos á la sociedad, todo lo ví bajo su verdadero punto de vista, ¡horrible despertar! El contraste me estremeció: agobiada, anodada bajo el peso de la verdad, mis sentimientos de bondad, mis creencias, todo huyó lejos de mí, las decepciones volvieron á ocupar su lugar, abarqué con el pensamiento el mundo y la verdad, juzgué con exactitud, ¡esperanzas de dicha tantas veces frustadas! ¡dolorosas alternativas del bien y del mal ¿por qué me perseguís? La fria é insensible razon cambió el panorama, tendí la vista al paisaje que se desplegaba á mis ojos, mi corazon estaba despedazado con una frialdad lenta y profunda; vi los objetos como eran, los ángeles

se habian convertido en criaturas caprichosas, egoistas y atormentadoras: los padres sacrificaban á sus hijas á la razon de estado, á sus miras particulares; las jóvenes habian convertido su bello corazon, su angelical pureza, su sumision, sus creencias ciegas y apasionadas; todas las bellas cualidades, la noble adoracion, la grande y santa virtud de que la muger está dotada, todo habia sido asolado por la desconsoladora verdad que nos hace comprender que la resignacion, la virtud, la pasion noble y desinteresada, no es el medio de hacerse amar, el hombre no la sabe apreciar, no las merece; en su corazon á la expansion del alma habia sustituido el artificio ó los sentimientos naturales: la coquetería era su única arma, su mejor venganza. Las esposas condenadas á la indiferencia, las lágrimas y la resignacion sin premio á sus buenas cualidades, cansadas de padecer procuraban devolver, desprecio por desprecio, ultraje por ultraje; los amigos finos y espresivos en sus acontecimientos desgraciados, unas veces espléndidos por fines particulares, otras interesados egoistas se entristecian con la felicidad de sus conocidos ó se gozaban en sus dolores; de sus labios manaban palabras sarcásticas sin compasion para el desgraciado, ú ostentaban su insolente ventura á los ojos del que sufría: como reptiles despreciables se arrastraban á los pies del poderoso: los amantes marchaban á la órden del siglo XIX; la belleza, la virtud pasaba desapercibida ante ellos: su corazon metalizado, insensible, inconstante, solo el oro lo conmovia, si alguna vez ostentaban pasiones que estaban lejos de sentir al verse correspondidos, pisaban el ídolo que ayer adoraban; si por una de esas emociones embriagadoras, perdian los sentidos, ó se olvidaban de sí mismos, no les tenian misericordia ni compasion, á la vista de imágenes tan dolorosas; afectada de la transicion del bien al mal, lancé una carcajada nerviosa, desgarradora, despreciativa, de esas que secan el corazon, que lo marchitan, ó lo pervierten; «quiero morir:» dije. La muerte es el vacio, la nada, el descanso, morir es mi felicidad, mi anhelo, mi dicha.

J. M.

UN RECUERDO.

Entre los dulces recuerdos
De mi niñez venturosa
Hay uno que ni los años
Ni los infortunios borran.

Es el recuerdo de un ángel
Que aun mi corazon adora
Porque á él debe su primera
Palpitacion amorosa.

De un ángel que entre misterios
Y poesía y aromas
De castidad á mi mente
Tras quince abriles asoma.

Era una tarde de otoño
Tibia, opaca, melancolica
Como la luz vacilante
Que se confunde en las sombras;

Como esos ténues crepúsculos
Cuya claridad dudosa
Es la sonrisa postrera
Que el sol moribundo araja;

De esas tardes en que al cielo
Densas nubes encapotan
Y en que falta de sol, pierde
Su transparencia la atmósfera.

En la falda de un otero
Que el sol con su lumbre dora
No bien irradia en oriente,
Se alza una rústica choza.

Cércanla antiguos castaños
Donde las aves canoras
Al nacer el dia cantan
Y al morir el dia lloran.

Allí arullaron mi cuna
Las brisas murmuradoras
Y los cantos de las aves
Y las fuentes bulliciosas.

Allí al abrigo materno
Felices una tras otra
De mi niñez inocente
Se deslizaron las horas.

Y allí tranquilo esa tarde
Inmortal en mi memoria
De mi porvenir la senda
Yo engalanaba de rosas.

El viento llevó á mi oído
La voz del bronce sonora
Que á la oracion vespertina
Llamaba á la grey católica.

Y en alas de mis creencias
Puras y consoladoras
Al templo volé que alzaba
Su frente en el valle airosa,

Al fijar la planta debil
Bajo las sagradas bóvedas
En un objeto terreno
Fijé la mirada atónita.

Era una muger...—trasunto
De un ángel era en lo hermosa
Que á veces en las mugeres
Dios á sus ángeles copia.

Un poder incontrastable
Sin nombre en ningun idioma

Apartó de Dios mi espíritu
Para adherirle á su obra.

Oh, señor! tú que comprendes
Con una mirada sola
Las afecciones humanas
Aquella afeccion perdona!

El santo amor que á su madre
Tributaba el que te implora
No era mas puro, mas santo
Que aquella afeccion insólita.

Nació en tu templo—su cuna
Tu templo fué;—que importa
Si era á nacer en tu templo
Por su pureza acreedora?

Si te ofenden las pasiones
que ante tus altares brotan,
No á criaturas humanas
Prestes angélicas formas.

O enerva en los corazones
Esas cuerdas misteriosas
Que ante un objeto profano
Sus vibraciones redoblan.—

Salió del templo—tras ella
Con ansiedad angustiosa
Salí tambien, y un instante
Seguí sus huellas dudosas.

«Vuelve atras, niño inocente» —
Me dijo una voz incógnita
Cuya procedencia encuentro
En mi corazon ahora.—

«Vuelve atras y no alimentos
Esperanzas ilusorias...—
Quien alimenta esperanzas
Pronto desengaños toca.»

Detuve el paso:—mis ojos,
Mi corazon, mi alma toda
A aquella muger siguieron
Con perseverancia loca.

Mas!... para siempre á mis ojos
Se ocultó tras de las copas
De los robles centenarios
Que el valle apacible entoldan!

Y desconsolado, y triste

Como un arbusto sin hoja,
Volvime al paterno albergue
Que abandonara en mal hora!...

Cual yo lloraban las aves,
Que allí las aves canoras
Si al nacer el día cantan,
Al morir el día lloran

ANTONIO T. Y LA QUINTANA.

REVISTA DE TEATROS

PRINCIPE. La funcion notable á que hemos asistido en este teatro, ha sido la de la noche del 23. *Otra casa con dos puertas*, ejecutada con alguna desidia, pero siempre bastante bien para escitar el buen humor en los espectadores, por los señores Romea y Matilde Diez, era la conocidísima comedia que se puso en escena; pero como dijimos á la presentacion del señor Funoll, «entre las dos puertas se hallaba el señor Spira para darnos un buen rato con su armónico de madera.»

Este instrumento consiste en cierto número de órdenes de trozos prismáticos, al parecer de caoba, ligados por unas cuerdas que los atraviesan en sus extremos. Colocada esta especie de regilla sobre una mesa, y herida por palillos cuyo boton es de hueso, produce un sonido bastante opaco para no agradar completamente, pero bastante fuerte para poder apreciar los puntos mas veloces.

El instrumento no parece predestinado á tener larga vida, pues que el tocar en él, sobre difícil, nos parece una faena de las mas cansadas: trabajan las manos, las muñecas, los brazos, la cabeza y todo el cuerpo; lo que le inutiliza para el bello sexo y por tanto para reuniones en donde á este solo corresponde lucir sus habilidades; ademas su sonido poco agradable, y lo que es peor que no espresa nada, ni interpretar puede sentimiento alguno, le aleja del empleo en orquesta. No sabemos si haciendo los prismas de metal macizo, y particularmente de acero, se obtendrian puntos de una sonoridad mas simpática al oido y al corazon.

Pero fuera de estas ideas, sobre la invencion del señor Spira, que indudablemente llama la atencion por su novedad, este jóven es un verdadero artista, porque ejecuta de un modo pasmoso y con una limpieza sin igual; lo que le valió muy merecidos aplausos. Es en fin una de las cosas que deben oirse una vez, siquiera por no quedarse reducidos á que nos lo cuenten.

Despues de esto, siguió el baile que aun se empeñan en llamar nacional, y un maldecido que dicen divertido sainete. No cesaremos de aconsejar á las empresas que los alejen para siempre de las tablas, para que no manchen un suelo destinado á mejores objetos, que no rebajen al público ni á sí mismos hasta el ridículo. Casi todos los concurrentes desaparecieron desde su principio y á pesar de eso fué *silvado* por aquellas personas que apuran la peseta y dos cuartos!....